

## Javier Krahe en Artículo 26: Un diamante pero que muy bruto

Barcelona. Pau Riba

Sin llegar a los extremos conceptuales de aquel "Manifiesto de lo borde" que, firmado por Sevillano-madrileños, fue distribuido por toda España a finales de los años 60, Javier Krahe, que anteanoche estuvo en Artículo 26 presentando su doble y último elepé "Éfígeme" encaja perfectamente en lo que hoy llamamos Estética de lo Cutre; es decir: la cutrez —la obra basta, desaseada, impúdica en cuanto a la forma, pero sabrosa, socarrona y directa en sus contenidos— como medios de expresión, como fórmula artística. Mordacidad, sarcasmo, socarronería, complicidad con los seres del arpyo, guiño picaresco (por frenar a tiempo una lista que podría hacerse interminable son algunos de los ingredientes habituales que Javier Krahe, ese artista iconoclasta, irreverente y desvergonzado —lo que no significa, sin embargo que no sea tímido— mete en ese cocido fuerte y picante, diría casi que explosivo, del cual nos va sirviendo pucherazo tras pucherazo ya sea en plato y en directo, ya sea en lata y en diferido.

La estética Kraheana es la del clochard desastrado que arrastra el carrito con sus exiguas pertenencias a través de la noche helada, acercándose a los puntos donde todavía hay luz, a los sitios donde aún queda algún rescoldo de calor humano, y grita obscenidades a los señores que van en Rolls, simplemente porque van en Rolls; la del madrugador trasnochado, que habiendo cerrado todos los cabarets se encuentra con que la luz del día y el ajetreo de los currantes no le dejarán ya dormir; la del perro apaleado que con toda la naturalidad del mundo vuelve a mearse a los pies del mal nacido que lo apalea y, si se tercia, le ventila por añadidura cuatro frescas... alocuciones fecales; en fin: yo creo que se ha ganado con todo derecho el título de Bukowski de la canción española, cronista de la maldita calle, pues sus historias, sus personajes, pergeñados con kilos de sensibilidad y ternura, oscilan entre lo sórdido y lo grotesco, y sin embargo rezuman humanidad. Son caricaturas perfectamente creíbles.

En cuanto al estilo, y para entendernos (entre nosotros los catalanes, puesto que el estilo Krahe es algo muy madrileño que aquí no tiene parangón), este hombre viene a ser una mezcla de Ovidi Montllor y Pere Tapies, con algo del genio costumbrista de Joan Manuel Serrat y mucho del comportamiento escénico —aquella torpe gesticulación, aquella forma de presentar ligeramente surrealista, empezando dilatadas explicaciones que ya se sabe que no va a terminar— del malogrado Sisa, pero mucho más radical en todos los sentidos, más extremista, y con un toque —una vozarrón— abrumadoramente personal. Javier Krahe no afina; su música, con sus músicos, resulta chillona y altisonante; sus rimas, como ritmos, son fáciles y, muy a menudo, metidas con calzador; sus acabados son toscos y carentes de ambición... pero da igual: su presencia es mucha presencia, su manjar es succulento, y eso es lo que importa. Además: ¿De qué otra forma podría ser?, ¿cómo iba a tocar lo que toca? (esos temas) con el ripio esmerilado?